

LA Lambretta Y YO

No sé cómo empezó mi amor por las Lambrettas. No diré que desde que tengo uso de memoria me gustan los vehículos clásicos porque estaría mintiendo. Quizás el registro de más vieja data con el que cuento es el momento de elección del área de profundización técnica en el bachillerato industrial. Aunque entonces la elección correspondió más a un proceso de descarte que a uno de vocación, me llevó a conocer el mundo de la mecánica automotriz.

Recuerdo que entonces quedé atrapado por la historia de la industria. Aunque siempre he sido curioso y me gusta saber cómo funcionan las cosas, quedé fascinado más por la historia detrás de los vehículos, que por la mecánica misma. Este interés me llevó a rastrear la estrecha relación entre historia, diseño y funcionalidad de autos y motocicletas [1]. En esa búsqueda hallé un tipo de motocicleta que me cautivó: se trata de la scooter [2] clásica, cuyas marcas más representativas son Vespa y Lambretta [3].

La primera que me sedujo fue la Lambretta. Sus líneas estilizadas, los esquemas y colores que adornaban su cuerpo, los detalles (suspiro), todo me encantó. Era simplemente perfección. De aquellas cosas que alcanzan lo sublime sin pretensiones iniciales de lograrlo.



Decidido a cortejar una en mis años de adolescencia, busco clasificados y me doy cuenta del elevado costo de estas motos. Restauradas, pueden llegar a costar más de 6 millones y, como proyecto para restaurar, desde un millón. Con unos pocos pesos reunidos en mis bolsillos, producto de labores de monitorías universitarias, el sueño de tener una se hace cada vez más lejano. Al mismo tiempo, me entero del mercado de coleccionismo alrededor de la marca en ciudades como Cali, Medellín [4] y Bogotá. Al ser motos de colección [5], las probabilidades de conseguir una a un bajo costo, aunque sea para un proyecto de restauración, son mínimas.

Supe entonces que para poder comprar una tenía que alejarme de ese mercado.

Como toda buena historia de amor, hubo tristeza, salvada por un evento fortuito a modo de giro, que reavivó el sentimiento original. Al recorrer el barrio San Nicolás, en el centro de Cali, mi padre vio una Lambretta azul con un letrero de “SE VENDE” afuera de un almacén. Al regresar a la semana siguiente encontré una hermosa modelo LI 150 del 63, con latonería en un muy buen estado y encendiendo, aunque le faltaba una parte de la carcasa del motor.

La negociamos por 230.000 pesos y tuve una sonrisa que me duró por semanas, hasta iniciar el proceso de evaluación de las partes mecánicas y darme cuenta de que tan solo una pieza me costaría más que el valor total por el cual había comprado la moto [6].

Nunca olvidaré que al llegar a casa, mi madre siempre preocupada por el orden y la limpieza, mencionó: “¿por qué trajo eso? Esa moto es solo basura. A ver, ¿cuántos años tiene?”. A lo cual respondí, con plena ingenuidad sin anticipar su réplica: “Fue fabricada en 1963”. Noté que la expresión de su rostro cambió completamente y con tono mucho más calmo de voz, apenas gesticulando, me dijo: “Ese fue el año en el que nací”. La discusión terminó con una última intervención de mi parte: “Supongo que ya no te parece tan vieja la moto.” Rió y se fue para no volver a mencionar el asunto. Desde entonces, cada vez que

hace algún comentario alusivo a las motos (negativos porque siempre lo son, y plural porque tengo 2 Lambrettas), le recuerdo ese episodio. Siempre sonrío y el asunto pasa a disiparse. Uno de mis grandes miedos es llegar alguna vez a casa y no encontrar ninguna de las motos. Al estar por fuera del país cerca de un año y luego de haberle invertido



Juanita y yo / Lambretta LI 150 1963. Como pasajera se encuentra Juanita. Gracias a ella empecé a bautizar mis motos.



Víctor Villamizar / Abuelo.

dinero en reparación al motor, temí no encontrar en casa ese primer tesoro, el cual bauticé como Juanita.

Mi segunda Lambretta incluyó un proceso mucho más largo. Debo iniciar con que lleva por nombre Flor, en honor a mi abuela materna. Se trata de una LI 150 modelo 1961. En vida le perteneció a mi abuelo materno. Tuve la oportunidad de rescatarla de un viejo sótano en Buenaventura, en donde había permanecido por más de 20 años. Esta labor, a la cual le daría el calificativo de arqueológica, se logró gracias a que pude contactar a los antiguos vecinos de mis abuelos en Buenaventura. Ellos habían dejado toda la moto, a excepción del motor y la llanta trasera [7], partes que se trajeron para Cali en el trasteo, con la intención de que los vecinos no la usaran.

El proceso duró años. Se concretó una vez tuve la oportunidad de viajar en repetidas ocasiones a Buenaventura por asuntos de trabajo. Reestablecí el contacto con la dueña de la casa que albergaba ese segundo tesoro, el cual había hecho al viajar por primera vez con mi abuela por ese asunto. La casa se encontraba en obras de reparación y estaban pensando botar todo lo que había en el sótano. Afortunadamente logré rescatar a Flor antes de que la desearan. Al llegar al lugar casi no se reconocía su figura. Se encontraba entre basura, cucarachas y murciélagos. Al ir despojando la basura alrededor apareció su silueta. Para mi grata sorpresa, se trataba de una modelo 61. Al valor sentimental implícito de heredarla, se sumó el hecho de que es un modelo del cual actualmente hay muy pocos ejemplares en el país. Según uno de los dueños del Taller Leonz sólo hay una completa en Cali. ¿La razón? Se han ido chatarrizando o hacen versiones mixtas de ese modelo con otros posteriores. A pesar de que los estragos de la humedad y el salitre habían afectado parte de su cuerpo, se encontraba en buenas condiciones. Contacté a un transportador y la envié a casa, en donde con complicidad de mi padre logré ubicarla en el garaje.

Por ahora, espero el momento, en el cual cuenta el tiempo y el dinero, para acabar de restaurar ambas motos. Dinero, por obvias razones de compra de partes y mano de obra. Tiempo, porque no quiero delegar completamente la labor de restauración, no solo para labores de mantenimiento y desvare, sino porque me interesa aprender cada pequeño detalle de su funcionamiento.

* * *

Debo finalizar con dos anécdotas. En primer lugar, no sé si sea amor lo que siento por Juanita y Flor. Tendríamos que empezar por qué entendemos como amor. Solo recuerdo que cuando me pidieron escribir este texto, me sonrojé y me emocioné tanto como cuando me preguntan acerca de ellas. En segundo lugar, justo el fin de semana en que escribo estas palabras, recibí un e-mail de una persona que se encuentra vendiendo una Lambretta. Se trata de una moto que ha estado guardada desde hace 7 años, cuando el dueño murió. Espero ir a verla el próximo fin de semana con mi padre. El actual dueño me pide que le ayude a tasarla. Tanto adquirirla como dejarla pasar será una decisión difícil.

* * *

Joan Manuel Galindo Bonilla

Psicólogo social, bartender y paciente psiquiátrico-campesino-chimpancé. Actualmente soy fanático de la música de El Cuartero Obrero. Debato mi afiliación religiosa entre el pastafarismo y el presbiterianismo cuántico. Debido a que no me tomo muy en serio, la gente suele no entender cuando estoy jodiendo y puedo pasar como si tuviera algún tipo de daño cerebral. Viajero, con 4 países en la lista y queriendo recorrer y vivir en más. Amante de las dos MILF (Motorcycle I'd Like to Fix) Juanita y Flor. Entusiasta de la fotografía. Wannabe chef y barista. www.flickr.com/joangalindo



Foto: Isabel Arciniegas

DIRECTORIO EN CALI DE TALLERES Y VENTA DE REPUESTOS

Taller Leonz. Único taller especializado en restauración de Lambrettas en Cali. Cuenta con gran tradición. Actualmente, se está formando la tercera generación de mecánicos.

Motos La 31. Llegué a este taller porque el dueño cuenta con una Lambretta blanca, que mantiene en impecable estado. El sujeto siempre usa una gorra hacia adelante. ¿La explicación? Sufrió un accidente en la época en la cual competía en carreras de Lambrettas. Como resultado cuenta con una gran parte del cráneo hundido sobre sus ojos.

Piaggio Sport. Distribuidor exclusivo de repuestos de Lambretta y Vespa en Cali.

* * *

[1] Me ahorro elaborar una lista extensa de vehículos que me quitan el sueño, por no ser el propósito del texto. A quienes les parezcan familiares los términos el auto del pueblo, panhead, jeep, mustang bobber y topolino, por solo mencionar algunos, sabrán de mis gustos.

[2] Las *scooters* son un tipo de motocicleta, en la cual la distribución de las partes hace que el conductor quede sentado encima del motor y sus pies reposen sobre unos estribos amplios donde también se ubica el freno trasero. En las Lambrettas los estribos cumplen de reposapiés para el pasajero.

[3] Según Lambretta.com, el origen del nombre de la moto se debe al arroyuelo que corre cerca a la fábrica de Innocenti, en Milán. Al igual que datos curiosos como este, la historia completa de estas motos puede encontrarse en esa página.

[4] Auteco, la primera ensambladora de motos del país, inició en 1941 al poner a rodar las primeras Lambrettas sobre las calles del Medellín de la época. Fuente: www.auteco.com.co

[5] Club Motonetas Cali es el nombre en la ciudad del grupo de entusiastas de Lambrettas y Vespas. Gracias a este tipo de organizaciones, gestadas también en otras ciudades, se realiza el Encuentro Nacional de Motonetas. Este año, la sede fue Manizales.

[6] Me refiero al carburador. Actualmente se siguen fabricando partes de Lambretta bajo licencia. Para el tiempo en el cual lo averigüé, costaba alrededor de 350.000 pesos.

[7] La llanta se perdió, pero con el mecánico con el que estaba trabajando entonces, hicimos el trasplante del motor de Flor por el de Juanita, ya que se encontraba en mejor estado.